

> EDITORIAL

Confesiones de un ex fumador convicto

Alfredo Conde

Escritor. Premio Nadal y Nacional de Literatura

En el Ourense de mi infancia cuando iba a la casa de mi abuela, debí fumar así como media tirada de “La Región”, el periódico local, a quien mi tío Gonzalo, hermano de mi padre, solía llamar “Doña Virtudes”. Para ello enrollaba una plana entera, pegaba el borde con saliva, me encerraba en el cuarto de baño y le prendía fuego con una cerilla. Mi abuela, mujer de fino olfato, supongo que hacía la vista gorda pues nunca me dijo nada; a lo mejor se callaba en la esperanza de que los efluvios de Doña Virtudes, mejorasen la calidad de mi genética paterna. Mi padre era de izquierdas y mi abuela lo era tan poco, tan poco, que rezaba y hacía rezar, todas las noches, al final del rosario, un padrenuestro “por España, la Falange y el Caudillo”. Eso o que, la madre de la mía, pensase que como el hecho de “era cosa de hombres” esperase que así me fuese preparando yo para la vida.

En la Pontevedra de mi infancia, pues siempre fue la mía una vida muy repartida, siempre entre dos fuegos, siempre aquí y allá, solíamos comprar un mazo de pitillos de “manzanilla”, en la juguetería del “El Gran Garaje”, al comienzo de la calle de Benito Corbal. Nunca supe si la manzanilla o cuál era la herbácea mezcla contenida en aquellas pitillos que costaban un pataco, que tal era el nombre que entonces se les daba a las monedas de diez céntimos. Supongo que una mezcla impura y compensatoria de la muy plúmbea con la que, inconsciente e indeliberadamente, la rotativa de “La Región” invadía mis pulmones durante las estadias ourensanas.

Más tarde fumé mi primer “Bisonte” un pitillo rubio autárquico y nacional que venía en una cajetilla verde que luego se tornó blanca. De ahí pasé al “Celtas” corto, luego al “Viceroy” y no presumí yo poco del tabaco que entonces se cultivaba en la “Misión Biológica de Galicia” sita a un lado de la recta final de la carretera que une Vigo con Pontevedra en la que, de madrugada, solían darse el castañazo quienes regresaban de las juergas en la ciudad olívica.

Del “Viceroy” y el “Rex” pasé ya al tabaco rubio americano, fuese o no fuese de batea, hasta que, cuando navegué, me instalase definitivamente en él y fuese ya del bueno: del de aquel servicio que entonces, no sé ahora, teníamos los marinos, La Entrepó, le llamábamos que nos lo vendía a tan bajo precio que inducía al contrabando. Incluso navegué en un barco que lo traía de Norte América, fresquito que daba gusto olerlo. Mis amigos siempre lo agradecieron. O eso creo.

Llegué a fumar cuatro cajetillas diarias, en aquel entonces, amén de unos puritos con boquilla de plástico que se llamaban “Tiparillos”, alternándolos con la pipa a la que fui muy aficionado. No me preocupaba fumar tanto tabaco. Cuando me sentía muy intoxicado, dejaba de fumar durante unas semanas, limpiaba las sentinas pulmonares y regresaba a tan principal ocupación durante otro par de meses. Luego dejé de navegar.

Ya en tierra, de nuevo en Pontevedra, seguía con la misma estrategia, pero los períodos de limpieza y desatasco pulmonar se iban acortando cada más hasta que eran las gripes, los catarros y las faringitis quienes los regulaban y no yo. Por aquel entonces ya era padre de familia.

Una noche, me descubrí hurgando en el cubo de la basura en busca de una colilla de la que ansiosamente obtener el humo tranquilizante, o eso estaba convencido yo que era. No lo encontré. Pero sí me encontré a mí mismo, sí me descubrí en una actitud que me avergonzó pensando en que mis hijas podrían descubrirme sin más que abrir la puerta de la cocina. Entonces decidí dejar de fumar. ¿Cómo?

Pensé en esa obsesión de quedarse sin cigarrillos que tienen todos los fumadores. No por otra razón observan el interior de la cajetilla cada vez que extraen un pitillo de ella, contándolos, de manera que si son horas ya avanzadas de la tarde, aquellas en las que tal hacen, apuran su consumición, hasta quedarse sin ninguno, con el único objeto de poder comprar y disponer de otra cajetilla entera con la que adentrarse en las horas nocturnas, algunas de ellas de vigilia, en la seguridad de que, a lo largo de ellas, no han de quedarse sin tabaco y tener que recurrir a la inspección del cubo de la basura, como yo hice, un día que me quedé sin él.

Con esa idea en la cabeza pensé que lo mejor que podría hacer sería llenar la casa de tabaco. En las mesa de trabajo puse un cartón entero; otro en el baño; otro en la mesilla de noche y otro en la guantera del coche. En un bolsillo de cada pantalón o de cada chaqueta introduje una cajetilla. Sabía así que no padecería nunca la ansiedad de quedarme sin tabaco y que todo dependería ya de mi voluntad más que de cualquier estado carencial que se vería así muy disminuido por no decir que totalmente desaparecido. Y dejé de fumar. Al cabo de los meses, cuando me supe ex fumador regalé el tabaco a quien entonces era mi suegra y conspicua fumadora. Craso error. Entre mis intenciones figuraba también la de dar ejemplo a mis hijas para que viendo el trabajo que costaba dejarlo, no se tomasen el no menos duro de empezar a hacerlo. Sin embargo decidieron seguir el de su abuela y no el mío y hoy son fumadoras tenaces y suicidas.

Pasados unos años sentí mis pulmones liberados. No sé si moriré de cáncer, sé que no le he dado facilidad ninguna en los últimos treinta años para que así suceda. Sé también que me ha compensado el hacerlo así. Y no vean la cantidad de dinero que he ahorrado, la cantidad de olores y aromas de los que he disfrutado; lo bien que desde entonces he respirado e incluso, a veces, suspirado. Espero poder seguir haciéndolo.